

EL CICLISTA

JUAN FRANCISCO ANDRADE BELLIDO



Cuando una joven es brutalmente asesinada en pleno paseo marítimo de Málaga durante una lluviosa noche de diciembre, el subinspector de Homicidios, Fernando Muriel, no imagina hasta qué punto este caso va a poner en riesgo muchas de las cosas que más ama. Se trata de una nueva víctima de un peligroso depredador al que, más tarde, apodarán El Ciclista.

Luis Bernal, agente de Europol, vuela a la ciudad al conocer la noticia. Muchos años atrás mantuvo una relación con la madre de la víctima. Conmocionado por el terrible crimen, Bernal emprende su propia investigación. Sin testigos, pistas ni pruebas, pronto se convence de que solo un «Clarividente» como su antiguo socio, el médico Ramón Castillo, puede dar con el culpable, pero hace tiempo que Castillo tomó la decisión de no volver a involucrarse en una investigación por asesinato.

También un chico de dieciséis años ha desaparecido. Su familia le cree fugado de casa. Carolina, la esposa de Muriel, se implica en su búsqueda. Sin embargo, un sargento de la guardia civil en la reserva alberga sospechas sobre una razón mucho más aterradora. Pronto la fiera se sentirá acorralada y la violencia se desatará.

A la vez que una radiografía del MAL y de su imposible justificación, El Ciclista es una clásica novela de intriga, que engancha al lector desde la primera página.

EL CICLISTA

Juan Francisco Andrade Bellido

Querido lector:

Desde siempre el hombre ha sentido la necesidad de contar historias y de escuchar o leer las que otros cuentan. Pero hay quien convierte esa necesidad en vocación literaria, por eso los autores convierten la literatura, en este caso la narrativa, en el vehículo que les permite sacar fuera todo un mundo que bulle en su interior y que es fruto de la imaginación, la observación, el análisis y la documentación.

Y ahora te encuentras en el momento mágico en el que el trabajo del escritor cobra sentido, ya que vas a empezar a leer la novela. Así que es mejor no entretenerse mucho en preámbulos, solo se trata de presentar la historia que Juan Francisco Andrade ha creado para ti y que ha revisado para esta nueva edición, me consta que con ilusión y minuciosidad.

«El Ciclista» es la segunda novela de una trilogía de género policíaco, aunque esto no impide que se pueda leer de manera independiente; se inicia con «Señales de Humo», en la que ya aparecen dos de los personajes principales, Ramón Castillo y Luis Bernal, y que culminará con otra titulada «Sobre el Abismo» que se publicará próximamente.

Los hechos transcurren en Málaga, ciudad natal del autor, esto hace que los personajes de ficción se desenvuelvan por lugares reales de esta ciudad que son descritos con detalle, casi con visión cinematográfica y que puedes reconocer perfectamente si paseas por ellos.

El personaje que da nombre a la novela representa la encarnación del Mal, es un asesino metódico, calculador, sin ninguna capacidad de empatizar y siempre vigilante, omnipresente.

La lectura de la novela hará que se produzca, como en la tragedia griega, un efecto de catarsis, de purificación, al comprobar hasta qué grado puede llegar la maldad en el ser humano y cómo algunas personas, en este caso El Ciclista, para dar rienda suelta a sus instintos más perversos, son capaces de justificar lo injustificable.

A descubrir quién es la persona que se esconde detrás de ese apodo y que ha sido capaz de cometer crímenes atroces se van a dedicar Fernando Muriel, subinspector de policía, Luis Bernal, agente de Europol y Lorenzo Clotet, guardia civil retirado. Pero lo más sorprendente es que entre a formar parte de la investigación, aunque él se resista a implicarse, Ramón Castillo, médico de profesión y dotado de una extraordinaria y preclara intuición que poco a poco va convirtiéndose, casi sin querer, en protagonista y que va a ser determinante en el desenlace de la historia.

Aunque la trama gira en torno a la muerte de Natalia y de otras chicas que pueden estar relacionadas, Carolina, la mujer de Muriel, junto con Castillo van a participar de una acción que transcurre de forma paralela: averiguar qué ha pasado con la desaparición de algunos adolescentes. Si al principio parece no haber conexión, al final todo converge y encaja perfectamente como las piezas de un puzle.

Ahora te toca a ti, lector, conocer los hechos y participar de la investigación junto con Castillo, Muriel, Bernal, Clotet y Carolina para llegar poco a poco a descubrir la verdad. Así se cerrará el círculo de la creación literaria, el escritor sentirá que su esfuerzo ha merecido la pena cuando alguien como tú haya entendido e interpretado su mensaje.

María Dolores Rossi.

*La felicidad debería siempre estar condicionada
por el conocimiento de la desgracia.*

GRAHAM GREENE

*A Jovita, por el cielo que ha tejido sobre mí,
y por hacerme soñar despierto.
A Juan Francisco, Mario y Diego, que
saben cuánto me importan e influyen.*

—Mirella...

La prostituta franqueó la primera entrada de la casa, que tenía una doble puerta con un recibidor pequeño, entremedias. Un perro ladró. No lo tenía a la vista. Mirella tenía mucho miedo a los perros. Auténtico pánico. Se detuvo un instante.

—¿No me dijiste que eras rubia?

—¿Tu perro muerde?... Me dan miedo los perros.

—No muerde.

—Enciérralo si quieres que me quede.

El hombre de aspecto insignificante y mirada vacía se acarició la barba postiza, mientras meditaba qué hacer. La puta estaba dándole órdenes y ni siquiera había entrado en la casa... ni siquiera se había dignado a contestarle por qué lo había engañado con respecto al color de su pelo. Tendría que idear algo sobre la marcha. Sí, improvisaría.

—Pasa. Está en el patio de atrás. No puede entrar en la casa.

La prostituta dejó entreabiertos de pura alerta sus gruesos labios modelados con silicona, mientras sus ojos miraban rápidamente en una dirección y la contraria. No se fiaba. Todavía podía sentir el dolor que los colmillos de aquel foxterrier le habían causado en la pantorrilla.

—¿Seguro?

La puta olía a tabaco. No se le ocurriría encender un cigarrillo. Allí, no.

—Sí, joder. No eres rubia —insistió el hombre insignificante. Era difícil calcular su edad, y no porque llevase barba postiza precisamente. No era ni muy joven ni muy viejo, pero ningún rasgo de su cara proporcionaba pistas. Era una cara insulsa, de las que se ven a cientos entre las multitudes

que se aglomeran en los estadios deportivos. Un rostro en el que nadie se fijaría.

La prostituta se adentró en la casa. Había un pasillo detrás de la segunda puerta de entrada. El hombre le indicó a la derecha. Pasaron a un salón de regular tamaño cuyo mobiliario tenía una curiosa disposición: no había nada en el centro, ni una pequeña mesa, ni una silla; nada. Las tres sillas de la habitación, de estilo inglés, estaban pegadas a la pared, intercaladas con otros muebles.

—Dame los sesenta euros —la prostituta que se hacía llamar Mirella alargó la mano.

El hombre se hurgó en el bolsillo del pantalón, sacó tres billetes de veinte euros y se los puso sobre la palma extendida. Ella los estrujó en el acto. El perro ladró otra vez con fuerza. La prostituta, de unos treinta años, los introdujo en su barato bolso de mano, alargado y brillante.

—¡Bruno, cállate! —ordenó con voz impersonal el sujeto. Los ladridos cesaron inmediatamente—... Dije que tenías que ser rubia.

—Soy rubia —la prostituta se quitó la chaqueta y se dejó caer en el sofá—. ¿Cómo te llamas?

—Me estás cabreando.

—Si quieres tirarte la hora hablando, allá tú —dijo con descaro la prostituta—. Me he dado mechas, pero soy rubia natural, tío.

—Voy a soltar el perro —dijo el hombre, muy serio. La prostituta dio un respingo. Se incorporó de un salto y cogió la chaqueta.

—No me jodas, ¿eh?... Deja de joderme ya o me voy ahora mismo.

El hombre de aspecto insignificante sonrió al reconocer el miedo. Era miedo de verdad, sin artificios.

—Todavía no te he jodido...

La prostituta se recogió el pelo hecha un manojo de nervios. Parecía a punto de salir corriendo.

—¿Es que no me oyes?... ¡Los perros me dan miedo, joder!

—Sí, estás completamente cagada. Siéntate... —ordenó el hombre de la barba postiza—. Ya te he dado el dinero y ahora harás lo que te diga.

—No me vuelvas con lo del perro. —Mirella elevó su dedo índice y lo balanceó como advertencia.

—No te habrás afeitado el coño, ¿verdad?

—Mi coño es rubio —dijo ella más tranquila, y volvió a sentarse—. Como lo digas otra vez, me voy.

—Espera.

El hombre salió de la habitación. Al instante volvió con una peluca rubia oro, suavemente rizada, y otra rubia trigo más voluminosa, solo ondulada.

—Pruébatelas —le ordenó, mientras sacaba de su bolsillo un espejo de mano y se lo alargaba.

Mirella estaba hasta el mismísimo coño rubio natural de degenerados.

—Tú no estás bien del coco. ¿Qué quieres, que me llene de piojos?

—No tienen piojos —dijo el hombre, con calma—. Están sin usar. La culpa es tuya por haberme engañado. Pruébate primero esta. —Y le indicó la rizada.

La prostituta obedeció de mala gana.

—Está bien —dijo el hombre, cuando ella terminó de colocársela—. Te quedas con esa. Desnúdate y tiéndete en el suelo.

—¿Ahí? Está frío; no me harías entrar en calor ni aunque te corrieras tres veces.

—Desnúdate y tiéndete —repitió impasible él.

—Dame otros cincuenta.

Eso era algo que había previsto.

—Claro, pero harás lo que yo te diga. —Y sacó la cartera, extrayendo a continuación un billete de cincuenta. Mirella se lo guardó en el bolso y comenzó a desnudarse.

—Por lo menos pon una manta, cariño —suplicó sin mucha fe la prostituta, en ropa interior.

El hombre fue a buscar una estera de gomaespuma, que empleaba para hacer abdominales. Al regresar, Mirella se había quitado las bragas. Sí, su coño era rubio, sin rasurar.

Se tendió sobre la estera en cuanto se quitó el sujetador rojo. Abrió las piernas y le ofreció un preservativo que guardaba en su mano derecha.

El hombre lo rechazó.

—No voy a follarte.

—¿Qué te gusta?

—Quédate quieta. Cierra los ojos.

La prostituta no obedeció al principio. Insistió en saber lo que quería de ella.

—Cierra los ojos —repitió él.

—¡No te creas que vas a hacerme daño! —La prostituta se incorporó alterada, apoyándose en los codos.

—¡Ciérralos de una puta vez y quédate quieta, coño! —bramó el hombre.

Mirella deseaba salir de allí cuanto antes, así que su única salida era seguirle la corriente. ¿Qué daño podía hacerle aquel degenerado? No era peor que otros; solo que tenía la mirada helada y no olía a alcohol como la mayoría. Además..., no se atrevería... Jesús conocía la dirección del «servicio».

La prostituta contrajo los párpados y se quedó completamente quieta, con las piernas abiertas. El hombre se quitó los pantalones y los calzoncillos. Luego se puso a horcadas sobre el cuerpo de ella.

—Hazte la muerta —ordenó él, y se arrodilló. Tenía el tronco de la puta entre sus piernas. Aposentó las nalgas en el vientre de ella, aunque sin dejar caer el peso del cuerpo.

—¿Qué vas a hacerme, cariño? —Mirella intentó parecer sumisa. Pero estaba un poco asustada.

—Estás muerta —dijo él—. No respires. —Y dejó caer su peso.

—¿Qué haces? No me... dejas... respirar, tío —jadeó, entrecortadamente Mirella, intentando apartarlo con los brazos. La peluca se le movió.

—¡Calla! ¡Vuelve a cerrar los ojos! —aflojó un poco el hombre, sosteniendo la mitad de su peso con las rodillas—. Estate quieta, y te daré otros cincuenta.

Ella obedeció. No podía ver lo que hacía, pero sabía que estaba masturbándose. Intentó mantenerse todo lo quieta que pudo. El peso no era tan grande ahora en su estómago. Ladeó la cabeza, y en ese momento sintió la mano del tío en su cuello. Aunque los dedos no hacían presión, un escalofrío la sacudió de pies a cabeza. Unos segundos después, el ruido de fricción de la otra mano sobre el pene se aceleró, y empezó a recibir la descarga viscosa en pechos, barbilla y cara. «¡No se te ocurra abrir los ojos! ¡Tu carne empieza a corromperse, puta! ¡Estás muerta, muerta, muerta!», volvió a escuchar, ahora como si le susurrara. Un corto silencio vino a continuación. El tío había retirado la mano de su cuello, pero Mirella no se atrevía a abrir aún los ojos... Luego hubo un ruido como de carraspear. La prostituta percibió el contacto de... ¿podía ser verdad? El cerdo le había escupido en toda la cara. Le entraron ganas de vomitar. Quiso quitárselo de encima y mandarlo a la mierda al muy cabrón, pero no le dio tiempo porque él se levantó antes, liberándola. Ella entreabrió entonces los ojos y comenzó a limpiarse instintivamente, con el dorso de ambos antebrazos, la mezcla de semen y saliva. El tío todavía tenía restos en la barba. Mirella tuvo un arrebató de rabia al verlo reír, al comprobar, asqueada y humillada, que sonreía con desprecio, pero se contuvo cuando descubrió que había otro billete de cincuenta euros sobre su vientre. Cogió la toallita que él había arrojado cerca de su hombro derecho, se limpió y se vistió deprisa, sin decir nada. Él hizo lo mismo. No pronunció una sola palabra. Era repugnante, pero

disponía de otros cien euros extra, de los que Jesús no sabía nada. Abrió el bolso, comprobó que estuviese el dinero y sacó un cigarrillo.

—Aquí no fumes —dijo él, en tono imperativo.

Mirella se guardó el cigarrillo, mascullando entre dientes un inaudible: «cerdo, hijo de puta». Le dio la espalda y fue hacia la salida.

No volvería allí ni aunque le ofreciese trescientos.

El hombre de aspecto insignificante vio cómo doblaba la esquina a paso ligero. Iba escupiendo, a media voz, una catarata de palabras soeces. No las oía bien, pero podía imaginárselas. Pensaba en lo sucia que la había dejado, en lo sucia que se sentiría. Se daba asco a sí misma.

¿No era eso lo que merecía la puta?

PRIMERA PARTE

1

16 de septiembre de 2003

—¿Cómo es tu clase?

María giró la cabeza sobre su hombro izquierdo mientras exhalaba el humo del cigarrillo rubio. Se había apoyado con su hombro derecho sobre el marco de la puerta de dirección. Llevaba allí más de veinte minutos y empezaba a estar cansada. La directora se encontraba despachando con dos de sus compañeras de primaria que, a juzgar por alguna que otra palabra altisonante, debían de tener sus diferencias sobre las respectivas adjudicaciones de alumnos. Era su segundo cigarro.

—Hola —saludó alegre al recién llegado, besándole en ambas mejillas—. ¿Qué te ha pasado?

María se refería a que había faltado durante la primera quincena de septiembre, en la que se organizaba el curso. El hombre, cuya edad era difícil de estimar si uno se atenía en exclusiva a sus rasgos faciales, había sido compañero de claustro durante el curso anterior. Le explicó los detalles del percance que le había obligado a llevar la pierna izquierda enyesada durante veintidós días. Ella parecía estar contenta de verlo de nuevo, tras aquellos meses de alejamiento.

—¿Te ha tratado bien el sorteo? —insistió el hombre. Sus pequeños ojos marrones, con pestañas cortas pero tupidas, brillaron desde una lejana atalaya, desde el observatorio de un viejo y avezado cazador solitario.